

La ilusión del control



Elena Rivière

Prólogo

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Dani—. Sobre todo, Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Dani— . Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Dani—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se blandió. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Dani—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En

clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Dani soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo I

Lo que queda escrito

“Creemos que ciertas cosas están lejos, pero en realidad nos pertenecen.”

— Séneca

La junta de evaluación estaba programada para durar lo justo: el tiempo razonable para repasar nombres, números y decisiones que fingían ser objetivas. Nadie esperaba épica. A lo sumo, un par de bromas, algún bostezo disimulado y el alivio colectivo de terminar antes de que se enfriara el café.

La sala de profesores olía a rotulador, a papeles recién impresos y a esa mezcla indefinible de cansancio y buen humor que se acumula a final de trimestre. Sobre la mesa, las actas aguardaban como documentos diplomáticos entre países que se toleran.

Laura Benítez entró con su carpeta bajo el brazo y una sonrisa de quien cree que todo problema es, en el fondo, resoluble. Miguel Aranda dejó la chaqueta en el respaldo de

una silla y comentó, con tono ligero, que las leyes de Newton también se aplicaban a las evaluaciones: todo tiende a permanecer en reposo si nadie lo empuja demasiado. Clara Ríos sacó su portátil como quien despliega una brújula moderna. Óscar Valverde probó el proyector con un comentario técnico que sonaba a chiste. Marina Soler revisó su móvil por última vez, como si cerrara la puerta del mundo exterior. Javier Montes se sentó despacio, con la tranquilidad de quien ya ha vivido juntas peores, mejores y todas iguales.

Ricardo León organizó los papeles con la precisión de un director de orquesta que ensaya un concierto breve. Elena Cortés tomó asiento en la cabecera con esa autoridad serena que sugiere que todo está bajo control, incluso lo imprevisible.

A las cinco en punto, alguien dijo:
—Empezamos.

Nadie sospechaba que aquel orden aparente, tan pulcro y cotidiano, estaba a punto de estirarse como una tarde que se resiste a terminar, ni que las actas, aparentemente inofensivas, acabarían comportándose como espejos: devolviendo más de lo que se les había pedido.

Para todos, aquella iba a ser una junta normal. Una de esas que se olvidan al salir por la puerta.

El día siguiente al prólogo no trae consecuencias visibles. No hay rumores, no hay miradas acusatorias, no hay ges-

tos extraños. Precisamente por eso pesa tanto. Dani y Lucía avanzan por el pasillo del instituto con la sensación de que el mundo sigue funcionando igual... aunque algo ya no encaja del todo.

No han hablado del beso. No porque hayan decidido callarlo, sino porque todavía no saben qué hacer con él. No es un secreto excitante, ni una revelación escandalosa. Es otra cosa: la certeza de que los adultos no viven en compartimentos estancos, de que lo que ocurre fuera del aula no desaparece al cruzar la puerta.

En clase de Matemáticas, Laura explica un problema con su energía habitual. Se mueve, gesticula, hace chistes rápidos. Los alumnos responden. Todo funciona. Pero Dani no puede evitar fijarse en sus manos. En cómo sostiene el rotulador. En cómo se apoya en la mesa. La imagen del día anterior se superpone sin permiso.

Laura, por su parte, siente algo parecido. No sabe quién vio. No sabe si alguien vio. Pero tiene la sensación incómoda de estar siendo observada desde un lugar distinto al de siempre.

En la sala de profesores, Miguel revisa exámenes. Está más callado de lo habitual. Clara habla de una actividad nueva. Marina propone usar una app. Óscar bromea. Ricardo toma notas. Elena escucha.

Todo parece normal.
Demasiado normal.

La salida a la Casa de Campo se plantea como una pausa necesaria. “Que respiren”, dice Laura. “Que salgamos del edificio”, añade Elena. Nadie lo formula, pero todos sienten que el instituto se ha vuelto estrecho.

El espacio abierto cambia las reglas. Los alumnos se dispersan. Los profesores bajan la guardia. Las conversaciones se mezclan. El tiempo parece dilatarse.

Miguel camina junto a Laura durante un rato largo. Hablan de Física, de notas, de cansancio. No mencionan nada más. Pero hay silencios que no incomodan. Silencios que se quedan.

Clara y Marina se quedan atrás, grabando sonidos, haciendo fotos. La complicidad es natural, casi inmediata. No hay tensión explícita, pero sí una atención especial en cada gesto.

Es cerca del merendero cuando aparece la ardilla.

Pequeña. Ágil. Confiada. Se mueve entre mochilas sin miedo. Alguien ríe. Alguien intenta tocarla. Nadie quiere atraparla. O eso creen.

El círculo se cierra casi sin darse cuenta.

Miguel da un paso adelante. Extiende la mano con cuidado, convencido de que la experiencia enseña a medir los riesgos. En ese instante, la ardilla muerde.

El dolor es breve, pero el impacto es profundo. Un hilo de sangre aparece en el dedo. El gesto de Miguel se quiebra. El silencio cae como una losa.

La ardilla huye.

Laura reacciona. Marina saca el botiquín. Clara se queda inmóvil un segundo de más. Dani siente una culpa que no sabe justificar. Lucía observa la escena con una claridad incómoda.

Miguel intenta bromear. No lo consigue.

Mientras le vendan el dedo, Laura recuerda una frase que leyó hace años, casi olvidada:

“No es que las cosas sean difíciles y no nos atrevamos; es que no nos atrevemos y por eso son difíciles.”

— Séneca

No la dice en voz alta. Pero la siente.

La experiencia no lo ha protegido.

El control ha fallado. De regreso, nadie habla demasiado.

El dedo vendado se convierte en un símbolo silencioso.

Esa noche, Dani sueña con una ardilla que se deja tocar... y luego muerde.

Capítulo II

“La peor ignorancia es creerse sabio.”

El mordisco no es grave, pero obliga a Miguel a ir al ambulatorio. Hay informes, protocolos, llamadas. Ricardo se irrita con la logística. Elena toma nota. Todo deja rastro.

En el instituto, la historia circula sin morbo. No como chisme, sino como constatación: incluso los adultos se equivocan. Incluso ellos pierden el control.

Miguel vuelve a clase distinto. Más rígido. Más seco. Menos irónico. El dedo ya no duele, pero la herida es otra. Se ha descubierto vulnerable delante de todos.

Laura intenta acercarse, pero él levanta una barrera invisible. Ella duda. ¿Lo ha defendido demasiado? ¿Ha invadido un espacio que no le correspondía?

Clara revive una y otra vez el segundo en que se quedó paralizada. Marina, en cambio, se reprocha haber reaccionado sin pensar. Se encuentran una tarde en el aula de

Biología. Marina lleva una excusa técnica. Clara la invita a quedarse.

Hablan del proyecto. Del trimestre. Del cansancio.

—Me asusté —dice Clara—. No por la ardilla. Por lo rápidamente que todo se nos fue.

Marina la mira largo rato antes de responder.

—A mí me pasa contigo —dice al fin—. Con esto.

No hay música. No hay gesto dramático. Solo una verdad dicha sin protección. Clara no huye. Tampoco avanza. Pero se queda. Y eso basta para que algo empiece.

Mientras tanto, Dani siente una responsabilidad difusa. No hizo nada. Pero estuvo allí. Lucía comparte esa sensación. Caminan juntos, hablan poco, pero cuando lo hacen es con una gravedad nueva.

Lucía decide hablar con Laura.

—A veces parece que los adultos decidís por nosotros —dice—. Como si supierais mejor lo que nos conviene.

Laura escucha en silencio. Recuerda otra frase, esta vez de Sócrates, que repitió años atrás a sus alumnos:

“*Solo sé que no sé nada.*”

Nunca le había pesado tanto.

La junta de evaluación se acerca. El claustro se tensa. Miguel discute más. Clara defiende procesos. Marina calla. Ricardo intenta cerrar temas. Elena observa.

El caos no es ruido.
Es acumulación.

Capítulo III

Cuando la mano avanza

Yo no sabía nada de ellos cuando empezó el día.

Ni de profesores, ni de juntas, ni de decisiones que pesan más que el cuerpo. Mi mundo era más pequeño y, por eso mismo, más claro.

Desperté cuando el aire cambió. No fue un ruido ni una luz concreta. Fue una sensación leve, como cuando algo se mueve sin tocarte. Abrí los ojos y supe que el día ya estaba ahí, esperando. Pensé —si es que eso era pensar— que no había peligro inmediato. El nido seguía intacto. El árbol no se había desplazado. Yo estaba viva. Eso bastaba.

Siempre empiezo el día igual: comprobando que sigo aquí.

Bajé con cuidado. Mis patas conocen este camino mejor que cualquier recuerdo. No necesito mirarlo todo; mi cuerpo ya sabe dónde apoyarse. Pensé que el territorio seguía siendo mío, aunque hacía tiempo que lo compartía con criaturas grandes, ruidosas, torpes. Ellos aparecen y desaparecen. Yo permanezco.

A veces dejan comida. A veces se acercan demasiado. He aprendido a distinguir cuándo puedo quedarme y cuándo no. No porque sea valiente, sino porque sobrevivir exige cálculo.

Ese día pensé que podía quedarme.

Había olor a comida, a tela, a plástico. Mochilas abiertas. Pensé que era una oportunidad fácil. Pensé que el riesgo era bajo. Pensé que podía retirarme en cualquier momento.

Siempre pienso eso antes de equivocarme.

Los vi formar un círculo sin darse cuenta. No fue una trampa, pero se parecía demasiado. Me quedé quieta, porque estar quieta suele salvarme. Nadie gritó. Nadie avanzó. Eso me tranquilizó.

Entonces vi la mano.

No pensé *me va a hacer daño*.

Pensé algo peor: *no sé qué va a hacer*.

La mano avanzó despacio. Cuidadosa. Como si quisiera convencerme. Yo ya había visto manos así. Manos que dudan. Manos que creen que la suavidad basta. Pensé que la duda no hace a una mano menos peligrosa, solo más imprevisible.

Pensé que si me tocaba, perdería el control del espacio.

Pensé que si perdía el espacio, perdería la salida.

Pensé que si perdía la salida, perdería algo más que un momento.

No tuve tiempo de pensar otra cosa.

Mordí.

No fue rabia. No fue castigo. No fue defensa heroica. Fue una respuesta exacta a una distancia mal medida. Fue el cuerpo recordando antes que yo. Fue una decisión tomada por algo más antiguo que mis pensamientos.

Cuando sentí el sabor metálico, supe que ya no había vuelta atrás. Solté y salté. Desde arriba vi el caos que siempre sigue a los errores: ruido, sangre, movimientos bruscos. Ellos reaccionaron tarde. Yo reaccioné a tiempo.

Vi al hombre —Miguel, supe después— sujetarse el dedo. Pensé que no quería herirlo así. Pensé que no sabía quién era. Pensé que para mí solo era una mano que había cruzado una frontera invisible.

Ellos creen que yo mordí porque soy salvaje.
Yo sé que mordí porque había aprendido.

Aprendido que no todo lo que se acerca es una amenaza, pero que todo lo que se acerca puede convertirse en una. Aprendido que confiar no siempre es un error, pero siempre es un riesgo. Aprendido que el control es una ilusión que se rompe con un solo gesto mal calculado.

Cuando me fui, el lugar seguía ahí, pero ya no era el mismo. Yo tampoco. El territorio había cambiado una medida mínima, casi imperceptible. Eso es suficiente para alterar un mapa entero.

Esa noche dormí. El cuerpo se relajó. La mordida ya era pasado. Pensé, antes de cerrar los ojos, que ellos recordarían ese momento mucho más tiempo que yo.

Yo solo hice lo que sabía hacer.

Ellos tendrían que explicar por qué creyeron que podían tocar.

Capítulo IV

“No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.”

La junta de evaluación ocupa el centro de todo, aunque nadie lo diga en voz alta. Es el lugar donde las decisiones se disfrazan de números y los miedos adoptan forma de actas oficiales. Los nombres de los alumnos pasan de boca en boca como si fueran datos objetivos, pero todos saben que cada uno arrastra una historia invisible.

Las notas aparecen proyectadas en la pantalla. Frías. Exactas. Aparentemente indiscutibles.

—Siguiente —dice Ricardo, sin levantar la vista.

Miguel cruza los brazos. Laura se inclina hacia delante. Clara repasa un informe. Elena observa el conjunto con atención medida, consciente de que su papel no es decidir por todos, sino sostener el equilibrio.

Hablan de décimas como si fueran márgenes técnicos, pero en realidad discuten sobre responsabilidad. Sobre hasta dónde llega su poder y dónde debería detenerse.

Cada intervención añade una capa de tensión que nadie quiere reconocer.

—Si subimos esta nota, ¿qué mensaje damos? —pregunta Miguel.

—¿Y si no la subimos? —responde Laura—. ¿Qué mensaje damos entonces?

El silencio que sigue no es incómodo. Es denso. Necesario. Un silencio que obliga a pensar más allá del expediente.

Clara argumenta con calma. Habla de evolución, de contexto, de esfuerzo sostenido. Marina asiente en algunos puntos, duda en otros. Óscar intenta rebajar la tensión con un comentario técnico que no termina de funcionar.

Ricardo corta la discusión cuando se alarga demasiado. Elena permite que vuelva a abrirse cuando percibe que aún no se ha dicho lo importante.

Las decisiones llegan una a una. Ninguna es perfecta. Algunos alumnos titulan por poco. Otros se quedan fuera por una diferencia mínima que nadie sabe explicar del todo. Nadie sale completamente satisfecho. Ni siquiera quienes firman.

Pero algo se ha movido.

No es visible. No queda registrado en el acta. Sin embargo, todos lo sienten: una grieta pequeña en la idea de control absoluto que creían tener.

Al terminar, la sala se vacía despacio. Las conversaciones se apagan. Las sillas vuelven a su sitio. Solo quedan Marina y Clara.

No hablan del futuro. No hacen promesas. El cansancio les ha quitado las palabras. Se abrazan sin esconderse, pero sin exhibirse. Un gesto sencillo. Suficiente.

Fuera, Dani y Lucía salen del instituto con esa mezcla de alivio y vacío que dejan las decisiones importantes, incluso cuando no son propias. Caminan despacio. El día ha sido largo.

—¿Te acuerdas de la ardilla? —pregunta Dani.

Lucía asiente.

—Nos mordió cuando intentamos cogerla —dice él, todavía sorprendido por lo fácil que es decirlo ahora.

—Y aun así pensamos que fue culpa nuestra —responde ella.

No lo dicen con reproche, sino con una claridad nueva. Como si por fin entendieran algo que siempre estuvo ahí.

Recuerdan una frase escuchada en clase, repetida tantas veces que había perdido peso, hasta hoy:

“La vida no se examina para aprobarla, sino para vivirla.”
— atribuido a Sócrates

La noche cae con lentitud. En la Casa de Campo, Miguel camina solo. No busca nada en concreto. Necesita espacio. Aire. Distancia.

Ve una ardilla cerca del sendero. Se detiene. La observa.
No se acerca.

La ardilla lo mira un segundo.

Y se va.

Libre.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había terminado de cerrar los pasillos, las ventanas y hasta las excusas. Las luces interiores quedaban atrás, encendidas como restos de una conversación que nadie quería continuar.

Caminaban despacio, agotados de cuerpo y de algo más difícil de nombrar.

—Vamos a titular —dijo Dani, con una voz que sonaba correcta pero cansada—. Supongo que es una buena noticia.

Lucía asintió, aunque la alegría no terminaba de aparecer.

—Sí. Buena. Importante. Oficial.

Durante la junta habían escuchado más que veredictos sobre sus notas. Habían percibido miradas que se evitaban, silencios que pesaban más que las palabras, cambios de tono en frases aparentemente neutras. En algún momento, una broma demasiado tensa. En otro, un comentario que sonó a reproche antiguo. Más tarde, una pausa larga, una

disculpa casi invisible, una complicidad reconstruida a media voz.

Nada explícito.

Pero suficiente.

—¿Te has dado cuenta...? —empezó Dani, sin terminar la frase.

Lucía lo miró.

—Sí.

Habían notado cómo algunos profesores defendían a otros sin decirlo. Cómo una mirada suavizaba una decisión dura. Cómo alguien bajaba la voz justo a tiempo. Cómo una discusión se cerraba con un gesto mínimo, casi doméstico.

—Creía que los profes lo tenían todo claro —dijo Dani—. Y hoy parecía que estaban tan perdidos como nosotros.

—O igual —respondió Lucía— solo son mejores disimulando.

Caminaron unos metros más. El cansancio era físico, pero también moral, como si hubieran asistido no solo a una evaluación académica, sino a un ensayo general de la vida adulta.

—Después de todo esto —murmuró Dani—, no sé si ha valido la pena tanto miedo, tanto esfuerzo... tanta presión.

Lucía tardó en responder.

—Quizá no se trata de si ha valido la pena —dijo al fin—. Quizá se trata de no desperdiciar lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

Antes de separarse, Lucía recordó una frase que había escuchado en clase, pronunciada alguna vez con solemnidad y hoy con una resonancia nueva.

—Séneca decía: “*No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho.*”

La frase quedó suspendida entre ambos, como una advertencia o como una promesa.

Luego se despidieron sin saber si lo que los unía —esa complicidad nacida entre nervios, cansancio y secretos observados— sería el inicio de una amistad más profunda... o el comienzo lento de una distancia inevitable.

Capítulos

Prólogo	1
Capítulo I	4
Lo que queda escrito.....	4
Capítulo II.....	9
“ <i>La peor ignorancia es creerse sabio.</i> ”	9
Capítulo III	12
Cuando la mano avanza.....	12
Capítulo IV	16
“No es que tengamos poco tiempo, sino que perde- mos mucho.”	16
Epílogo.....	20